

que el poeta escribió al relato del pintor, *El entierro del Conde Orgaz*.

Leer este libro es una auténtica fiesta, una inacabable sorpresa, ya que resulta imposible encontrar en la bibliografía de cualquier poeta otro de tal frescura, vitalismo y desenfado, escrito además con esa engañosa facilidad a la que el virtuosismo de Alberti nos tiene acostumbrados hasta hacer creer a algunos que es fruto de la espontánea improvisación. Pero nada más lejos de la realidad, pues detrás de cada palabra, de cada verso, late el conocimiento minucioso de la técnica más variada, el más absoluto dominio de los resortes poéticos que caracterizan toda su obra.

La personalidad del pintor y de su gigantesca obra sirven de tema monográfico a unos poemas en los cuales el genial malagueño se apodera de las musas del no menos genial gaditano. A través de unos versos de increíble agilidad, casi malabares, como en continuo desafío a lo establecido, este «frente a frente» de dos fuerzas desatadas e irrepresibles de la naturaleza que dará como resultado un libro de inusitada lozanía. El arrebatador creador, el derroche de ingenio, la alegría que emanan los versos, la perfecta estructura de los poemas junto al profundo conocimiento de la obra de Picasso, lo convierten en un libro único, sin precedentes en nuestra historia literaria.

Todos los colores picassianos parecen desbordarse en ese léxico que el poeta, de pronto, casi como por arte de magia, inventa sin reparo alguno, descoyuntando nombres, adjetivos, verbos... Y todo lo que le venga en gana...

Almejo todo, escobo, aljofifo, limono,  
sin ensartar lo que nunca naranjo.  
Encubo, escoplo cuanto desatornillo  
descoso, descalabro, deslibero  
membreto bien, salitro  
pajareo lo que atrapo.  
Es mi virtud.  
No olvides.

Siempre descalandrátate.

Un torbellino rítmico se apodera de las composiciones dándoles en cada momento el tono exacto y preciso que cada una requiere, con una total libertad de medidas y estrofas, como un fiel reflejo de ese organizado caos picassiano en el que Alberti también se ve inmerso, atraído por la mítica fuerza del pintor...

Pita el gallo y lloro con el caballo  
muerde y me empino con el gato  
feroz, las uñas saca,  
crecen los pies corriendo por la playa,  
las cabezas balones estirados...

El dominio de la técnica de la pintura hace que Alberti penetre en los cuadros picassianos ofreciéndonos una peculiar visión de sus personales trazos y figuras, bien reflejando una época concreta del pintor o recreándose en cualquier dibujo, pero siempre en unos versos rebosantes de gracia y divertida fascinación.

te agranda las tetas,  
te achica las tetas,  
te hace la puñeta,  
te levanta el culo,  
te deja sin culo, te vuelve un alambre,  
te ensarta en estambre,  
te ve del revés,  
todo dividido,  
tundido, partido...

El ingenio, los delirantes juegos de palabras, las onomatopeyas, las distorsiones sintácticas más audaces, se suceden sin cesar prestando a cada composición un inconfundible sello. En *Los ocho nombres de Picasso* encontramos a un Alberti distendido, lúdico, en continua experimentación con el idioma, pero también aparece un Alberti desgarrado cuando la temática del poema lo requiere, como en éste sobre Guernica...

Y embestiste con furia,  
levantaste hacia el cielo tu lamento,  
los gritos del caballo  
y sacaste a las madres los dientes de la ira  
con los niños tronchados...

Hay un incesante cromatismo que se apodera y confunde en cada palabra hasta no poder distinguir dónde empiezan o acaban poesía y pintura, pintura y poesía. Los setenta y dos poemas del libro son un canto de admiración prolongada, de desmedido amor hacia Picasso y su obra que Rafael Alberti fue fraguando y escribiendo en sus continuas visitas a Nôtre Dame de Vie, casa del pintor en Mougins. Para sentirse más cerca de su fuente de inspiración, se trasladó durante cuatro años una temporada a Antibes, desde donde visitaba a Picasso, con el que comentaba sus aún vivos recuerdos infantiles andaluces, y al que le iba leyendo las últimas composiciones que su amigo escuchaba con regocijo...

...Y pienso, Pablo, en ti  
allá lejos, arriba en tu colina,  
solo en tu laberinto de líneas y colores  
infatigable de impulso ardiendo...

A través de las páginas, va reflejándose el polifacetismo del pintor, capaz de transformar todo lo que sus impresionantes ojos ven en una obra de arte, «De ti se espera todo» le dirá el poeta... «cubierto estás de vientos y temporales/ y las piedras que arrojas/ pueden romper lo mismo el ojo de una flor/ que originar un niño,/ un pájaro,/ una estrella.» Alberti identifica el arte, la creación, con Picasso, como si éste fuera su origen y su destrucción, su principio y su fin, y él, el único ser capaz de trastocar los tradicionales conceptos de belleza y equilibrio clásicos, inmutables y venerados a través de los siglos.

Te ensañaste con Venus.

Ha sido tanto tiempo demasiado hermosa.  
Hora es ya  
de que tus altas tetas se te caigan  
o queden reducidas a un círculo cualquiera.

El ímpetu, el incansable entusiasmo y gigantesca capacidad de trabajo de Picasso, maravillan al escritor que se rinde ante el mayor genio contemporáneo.

Pablo ¿qué haces? Pintas.  
Oyes el siglo. Pintas.  
Pintas, dibujas, grabas, escribes, pintas, pintas.  
Para ti son los días de cien horas.  
Que no se atreva nadie a robarte una.

Leyendo a Alberti no es posible sustraerse al magnetismo de la personalidad del universal pintor. Su incontenible admiración arrastra al lector en cada verso hasta aproximarle a la versátil imagen de ese Picasso sencillo que dice que está en el dentista para huir de la gente, ese monstruo que domina el siglo capaz de ser él solo un «país superpoblado», ese niño que no conoce ni la A, ese tarambana que arremetió con todo y con todo ha acabado, ese demonio que escondía colores nunca vistos, ese toro que sabe geometría y al que nadie se atreve a torear, ese «veloz torbellino que nos ciega,/ nos prende, nos confunde», ese Diego, José, Francisco de Paula, Juan Nepomuceno, María de los Remedios, Crispín, Crispiniano de la Santísima Trinidad... que todos conocemos como Pablo Picasso.

**María Asunción Mateo**

## Versos sueltos de cada día

**S**i hubiera de escoger una imagen, de cuantas tengo en mi memoria, para representar, a mi entender, la más próxima al Rafael Alberti de este libro, sin duda sería una que tengo por familiar emblema, la de *El pensador* de Rodin, inclinado mentón masculino sobre mano dispuesta, ese gesto meditativo que parece decirnos que ser poeta es tratar de decir a los demás nada más que aquello de lo que quieran hacer uso. Postura adulta ésta del poeta, tempranamente madurada en su filosofía y voluntaria reclusión, entonces, en la frontera de la edad (no olvidemos que el poeta se encuentra en su ochenta aniversario), al par que reflexiona y hace inventario de toda su escritura fundida con el canto junto al mundo más próximo.

Y es que en su memoria siguen estando las amadas de metal fino, las canciones y nanas populares de *Mari-nero en tierra*, la búsqueda del mar, del mar de Cádiz, la mar de quien se llama ahora «viejo lagarto atlántico», los paisajes que presidieron *La amante* y *El alba del alhelí*; incluso la referencia a Bécquer («con cierto deje becqueriano») ese Bécquer que palpité en *Sobre los ángeles* y condujo musicalmente el drama cotidiano en verso libre.

En *Versos sueltos de cada día* también volvemos a encontrar al autodenominado «poeta en la calle», más en la calle que nunca, porque ahora la calle es el destino («La calle, ahora, es tu destino», escribe).

Vuelve también el tema del exilio, con el tono evocador que habitaba *Retornos de lo vivo lejano*, una mirada lírica sobre el paisaje, que, ahora, es la urbe (las urbes), Roma, Madrid, como ya fuera aquella última en *Roma peligro para caminantes*

Cuanto gato que veo  
me lleva en vuelo a Roma,  
a mis viejos tejados  
con Garibaldi al fondo.

sólo que ahora la ciudad es también la piel del hombre, latido autobiográfico vivido al filo de la desesperanza que lo convierte en «Marinero de sombras y de angustias» como él mismo escribe.

*Versos sueltos de cada día* se teje paralelamente a la carrera contra reloj de los singulares recitales albertianos por las provincias españolas y la escritura periodística de los fragmentos de diario en la nueva andadura de la «Arboleda perdida».

Son éstos los poemas que agrupa bajo tan libérrimo y cotidiano título antes de que su «ordenador» sea propuesto y galardonado con el premio Cervantes. Pero no es un libro surgido estrictamente en las particulares circunstancias de lo contemporáneo, sino un poemario de síntesis y reparación de todo lo que pasa por la noche desconsolada del testigo («Capitán de los vientos sin rumbo de la noche»), por los pliegues de la memoria y por las vidas (siempre hay que hablar de las «vidas») de Rafael Alberti, con sus acoples psicoestéticos y aún (de manera intermitente) políticos. Por ejemplo, veamos una de las declaraciones coetáneas a la publicación del libro:

Soy un poeta entre dos fuegos, estoy siempre entre el clavel y la espada. Uno, de un lado, quisiera ser poeta puro en el sentido amplio de la palabra, y, por otro, está una espada pendiente sobre tu cabeza todos los días. Mira la espada que tenemos ahora encima, con lo de la OTAN, con todos los misiles sembrados en lugar de trigo. ¿Cómo puede uno estar tranquilo con todo eso? No es posible, se está acabando el siglo. Yo lo estoy viviendo todo, un siglo de guerras, de inventos maravillosos, pero en el que se tira la bomba atómica... Pero pienso que el poeta, mientras no se le muere la memoria, está vivo. Por eso hice el poema «Algunos se complacen en decirme/ estás viejo, te duermes/ de pronto en cualquier parte/ llevas raras camisas,/ cabellos y chaquetas estentóreos./ Pero yo les respondo/ como el viejo poeta Anacreonte/ lo hubiera hecho hoy:/ «Sí, sí, pero mis cientos de viajes por el aire,/ mi presencia feliz, tenaz, arrebatada/ delante de mi pueblo.../ y siempre el sostenido, ciego amor,/ más allá de la muerte». (De *Versos sueltos de cada día*).

para aclarar que aunque uno tiene muchos años existe como uno de veinticinco.

He aquí el marco de esta nueva voz de Alberti. Nos encontramos de pronto con un autor a veces angustiado, metafísico a ratos y siempre pariente del viejo maestro Abel Martín (a su vez criatura de su admirado Antonio Machado), capaz de alojar en su escritura un largo escepticismo que solventa el humor y la ternura. Son textos fragmentados («los versos sueltos de la madrugada») cuya errática música no es menos errática que el mismo Rafael Alberti caminante sin rumbo previsto y en las páginas de su diario escribir, como si cada una de ellas y cada escena fuera la terminal de un aeropuerto:

Antes yo miraba el aire desde el mar.  
Era un marinero en tierra que no podía volar.  
Ahora desde el aire miro el mar.  
Soy marinero en el aire  
que del aire mira al mar.

He aquí la pista en blanco, página lisa sobre la que el poeta incansable aterriza cada madrugada.

En *Versos sueltos de cada día* veremos descender a Rafael «hacia el herido pozo de la angustia» donde quedan los últimos latidos de un ángel extraviado y buscador en la corteza del vivir y donde se acaba por consagrar la marca de un desamor contra el que se rebela: «Me duele el corazón de cuando en cuando».

A través de aforismos, de viñetas humanizadas y de fórmulas cancioneriles, el Alberti de *Versos sueltos de cada día* reflexiona sobre lo escrito y lo vivido, además de lo soñado, en el camino de su propia sombra, en el revés del existir. Parecen estas páginas las notas de un viaje que constatan (alguna vez violentamente) el existir de un alma libre, solitaria e irredenta:

Pero me voy a levantar, ¡qué solo,  
qué inmensa soledad me espera hoy!

*Versos sueltos de cada día* es una colección de instantáneas capaces de registrar los matices más escondidos de lo lúdico, de lo insomne:

Quiero dormir y no puedo.  
¿Qué será la eternidad?  
Noche sin fin... mas sin sueño.

y de lo sórdido:

Abismos que me acechan cada día.